



Un trabajo intenso llena las vacaciones de Dalí en Cadaqués: pinta a su hermano Salvador, piensa en su próximo «monstruo sublime», ve partidos de fútbol en los periódicos para convertirlos después en tarjetas postales... En el próximo otoño iniciará quizá otro de sus grandes viajes. Dalí no para.

DALÍ

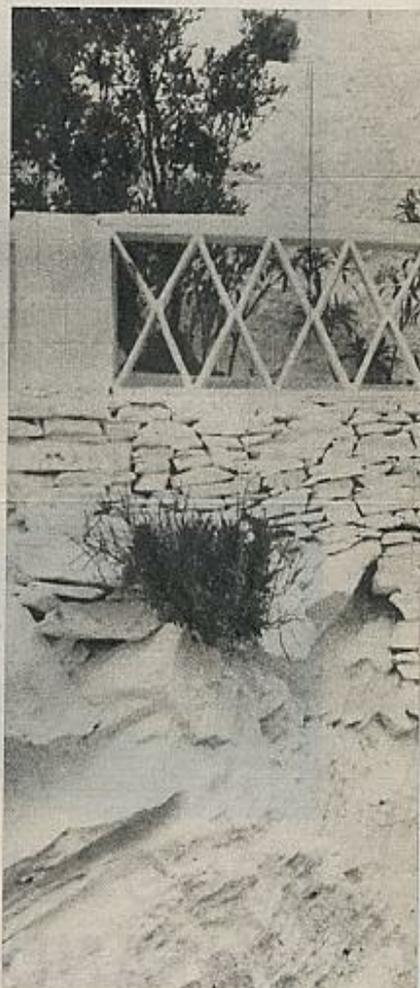
**TODO EL VERANO EN CADAQUES
PINTANDO AL HERMANO MORTAL**

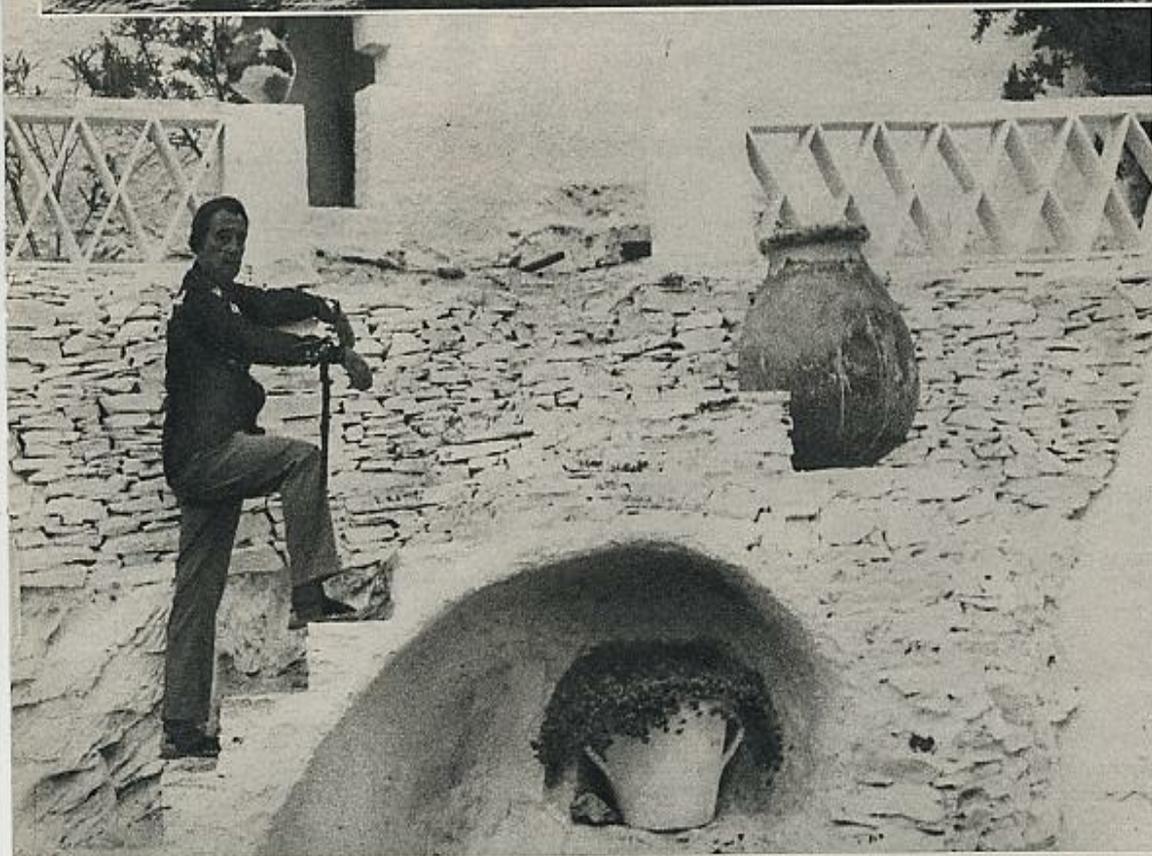
DALÍ



CADAQUES sin Dalí debe de ser una especie de Paraíso sin Adán. Cadaqués sin Port Lligat —el feudo de Dalí— sería algo así como un limbo escondido en las costas del alto Mediterráneo español. Un rincón pintoresco para gozar una paz sin sorpresas. Pero Dalí es la sorpresa eterna de Cadaqués. O al menos, para los que no le ven, la gran incógnita. ¿Estará Salvador ahora en su casa? ¿Qué hará Salvador ahora en su casa? ¿Por qué puerta aparecerá Salvador o de qué recoveco surgirá cuando nos anunciemos? Salvador Dalí está. «El señor está. Esperen un momento, que voy a avisar al señor». Tarda el señor de Port Lligat como quince minutos o así. Y cuando llega, ya nos hemos inflado de silencio, de olor a extrañas plantas de los montes de Cadaqués o —¿por qué no?— de las profundidades submarinas? Las estancias y los pasillos de su casa huelen a miel y jara. Un poco también a ciprés. Pero ésa es otra historia. Silencio, que el señor llega. Dalí viste uniforme de anochecer: blusa negra, como de payés, con extrañas insinuaciones lineales bordadas en blanco. En la mano diestra, un tortuoso bastón que, arriba, en la cabeza, luce un ojo. «Es el loco. Que salga el ojo del loco en la fotografía». Este ojo de su loco particular preocupa mucho, a Dalí. Se deja retratar con el ojo de madera, aspirando a que la cámara capte firmes, abiertos, como asustadores, los tres ojos: los suyos y los del loco de madera.

Dalí está pintando a Salvador. Es una historia hermosa y extraña que nadie sabe ni sabrá cuándo empezó. Todavía va por la mitad. Así, visto de frente, con la luz medio muerta del anochecer, el hermano de Salvador Dalí no tiene aún el alma en el lienzo. Pero la tendrá. Me advierte que visto en un cine, con pantalla **SIGUE**





En el paisaje triste y remansado de Cadaqués, Dalí sigue teniendo su feudo. Allí pasa largas temporadas pintando. Allí descansa de sus largos viajes, de los que regresa con las manos vacías, porque en cada periplo lo vende todo: cuadros e ideas, esas deslumbrantes ideas que han creado el mito daliniano. La cal de la casa de Dalí —una casa lineal que por dentro tiene misterio— destaca, luminosa, junto a las aguas de Port Lligat. Salvador Dalí, visto ahí, parece una pieza más de ese asombroso museo que es su finca. Nada sobra ni dentro ni fuera. Y parece que sus estancias no las moran seres humanos. Pero sí...

DALI

panorámica, será algo grandioso. Para que me haga una idea me presta una lente pequeña. Miro y veo, más firmes, los rasgos faciales del otro Salvador Dalí. Están formados por múltiples puntos encarnados. Y no sé por qué, pero recuerdo esos cuadros que ilustres artifices de la dactilografía han fabricado a ciento ochenta pulsaciones por minuto.

—Lo pinto con cerezas. Viendo un anuncio de jabón en «La Vanguardia» se me ocurrió esta técnica. Allí encontré la trama del grabado. Es una lluvia de cerezas expulsadas por un buitre con las alas desplegadas. Será mi primer cuadro para la era espacial. ¿No ve? Estos siameses que llegan enlazados son astronautas. Quizá sean de otro mundo. ¿Ve? Mi hermano... es perfecto. Todo el problema de mi vida depende de este hermano. Mi familia le adoraba. Se murió hace años. Cuando yo llegué al mundo, mis padres tuvieron la idea terrible y sublime de ponerme su mismo nombre. Toda mi infancia la pasé llevando pegada a mi memoria de este Salvador. Cuando él muere, yo me vuelvo inmortal. Es bonito, ¿verdad? Ahora, sin darme cuenta, estoy pintando al hermano mortal.

—Esos cipreses que tiene ahí arriba, por encima de la casa...

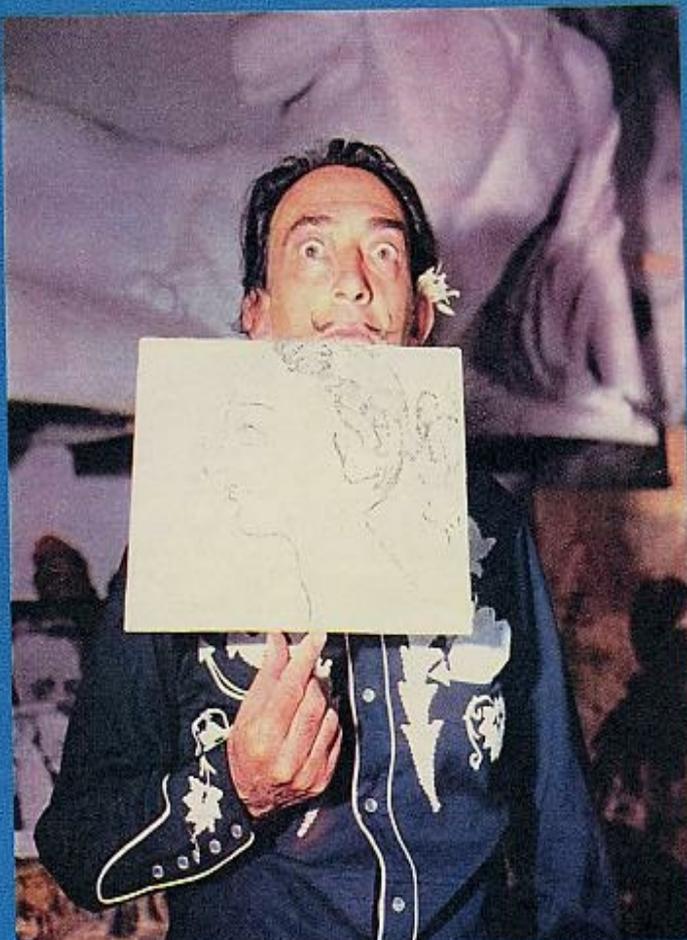
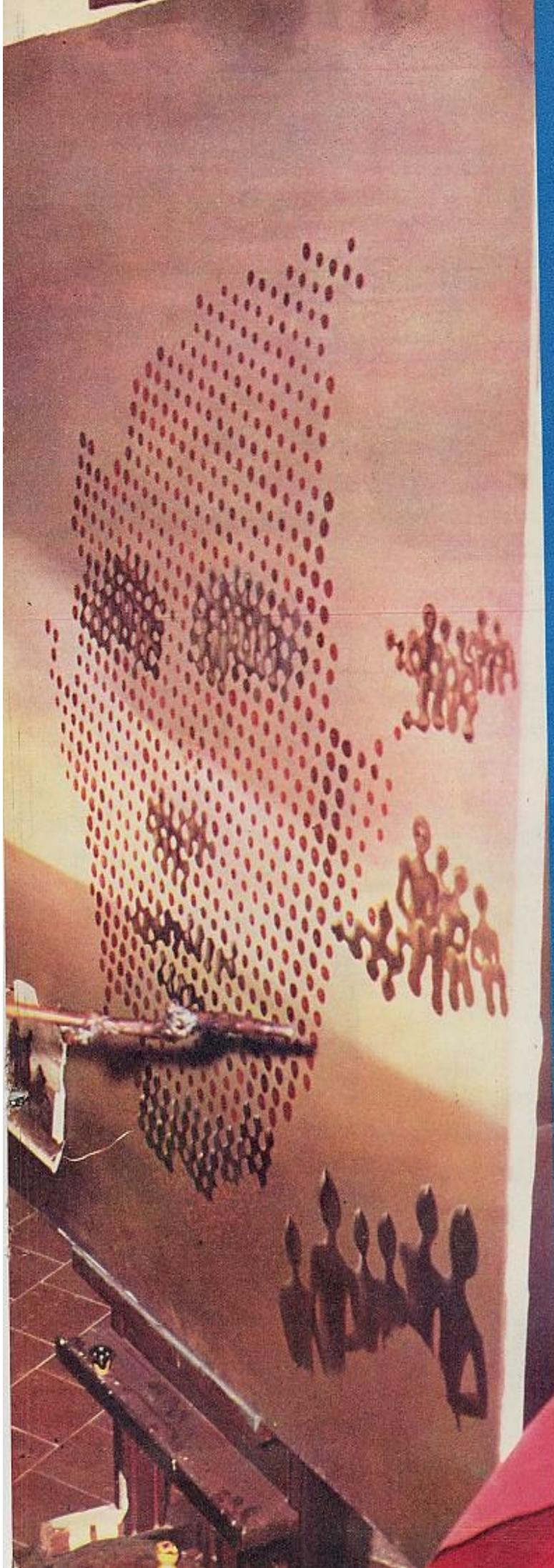
—Sí, están bien, ¿verdad? Son restos de una idea que tuve hace tiempo. Yo pensaba comprar muertos baratos y crear un bonito cementerio aquí. Estaría bien hacer aquello. Pondría también un monumento a Stalin, aunque no sé si lo comprendería todo el mundo. Stalin está también barato ahora... ¿Sabe lo que me pasa? Estos días leo mucho los periódicos al revés. Al rato de estar leyendo, si cierro los ojos, veo unos partidos de fútbol sublimes. A veces me canso y antes de que acabe el partido levanto y me voy. Quiero pintar un partido del Barcelona. Con ello haré dos tarjetas postales que se venderán bien. Utilizaré esos colores de plástico de los anuncios, que son tan eficaces... Pero en cuanto termine a mi hermano haré el primer monstruo sublime de la historia, en colaboración con un cirujano francés. ¿Ve esta guapa chica? —Y muestra una foto que parece arrancada de «Vogue». Es de Florencia y se llama Elsa Rubicón. Bonito nombre, ¿eh? Mire el diseño —míro y veo una señora con una oreja colgando de la nariz—, porque así quedará. Le trasplantaremos la oreja izquierda y se la pegaremos a la nariz. Dos meses la tendremos así. Lo maravilloso es que después se la volveremos a colocar en su sitio y no le quedarán huellas...

La casa de Dalí es un monumento a Salvador Dalí. Al entrar no os equivoquéis. Por las pistas que da esa biblioteca con su piano y sus libros en estanterías que caen por encima de vuestra cabeza y ese amplio ventanal desde el que se domina —en silencio, en un inmenso silencio— el mar cercano, no iréis a ninguna parte. Tampoco por el dormitorio —kafkiano dormitorio de Dalí— con sus dos camas imponentes de bermejas colchas, en una habitación motejada de tiernos detalles infantiles: ratoncitos, ovejas, osos de peluche... Ni por el cuarto de baño sin puertas, reluciente, alucinante de blanco, pequeña feria de perfumes y jabones y collares de lujo oriental. A retazos, la casa de Dalí no es Dalí. Pero todo es un museo y un sorprendente monumento daliniano en el que queda uno como prendido. Adiós, Salvador Dalí Junior. Cadaqués, en esta tarde estival, es Paraíso con Adán. Paraíso con sorpresa. Salimos. Miro y veo a Dalí a lo lejos, apoyado en el loco, oteando, haciéndonos la cortesía de no desaparecer antes que nosotros.

J. L. MARTINEZ REDONDO
(Fotos Campañá.)

Dalí pinta ahora a su hermano. Lo pinta «con cerezas, que expulsa un buitre de sus alas desplegadas». A un lado pueden verse, como siameses, seres de otros mundos. Son astronautas, quizá. Quien sabe. Es la última obra de Dalí...





Pronto, en seguida, creará el primer monstruo sublime de la historia, Muchacha con oreja en la nariz. Lo hará en colaboración con un cirujano francés. He aquí el diseño. Y tras explicar su audaz proyecto, Dalí se deja fotografiar entre las dos camas de su kafkiano dormitorio. Por los rincones, detalles tiernos: retoncitos, osos de peluche. El mundo de Dalí no tiene fronteras.

